

Los Primeros 500 Años

Jerry Andrews

El regalo que la Iglesia Presbiteriana (EE.UU.) tiene para los próximos 500 años-para la reformata ecclesia semper reformanda, secundum verbum Dei, y el mundo, es de los primeros 500 años.

Las calificaciones importantes deben ser indicadas al principio antes de explicar.

Yo dudo que alguien espere que la IP(EEUU) esté presente para dar un regalo a lo largo de los próximos 500 años. Por lo tanto, debe ser un regalo dado pronto, si no ahora y luego colocado con éxito en la constitución viva de cualquier forma de iglesia que vendrá luego de la IP (EE.UU.) y el denominacionalismo. Más adelante, puede que la iglesia en sí no esté aquí. La historia tiene un final, un final glorioso; después del cual, todos los dones son dados por Dios para el pueblo de Dios sin fin. No pretendo asesorar al Todopoderoso en lo que constituye el mejor regalo. Baste decir que la ecclesia reformata no necesitará ninguna otra reforma. Pero tal vez, solo tal vez, no es demasiado arrogante para nosotros/as sugerirnos a nosotros/as mismos/as qué regalo podríamos dar por el bien de la iglesia y el mundo.

Esta última verdad me motiva, al considerar los siguientes 500 años, primero a orar: “A pesar de ello. Ven, Señor Jesús. Ven.” Pero también hace que sea agradecido, muy agradecido, por todos los santos que han vivido y muerto en la fe antes que yo y que, teniendo en cuenta que el Señor todavía puede tomarse su tiempo antes regresar, nos dio dones a nosotros/as; los dones que nos bendicen. Ahora es nuestro turno.

Cada generación, sin importar como se defina, sirve mejor a las generaciones que siguen si recuerdan su vocación como un mayordomo. La tentación de considerar las invenciones de su propio tiempo como superiores está siempre presente y debe ser resistida. En su lugar, los dones que ha recibido de las generaciones anteriores han de ser apreciados por encima de las contribuciones que cada generación hace. Ellos son los más probados y que han resultado ciertos. Aunque el requisito de fidelidad recae en cada generación y cada generación debe ofrecer su propia vida a Dios, la fe es algo que hemos heredado, y que estamos para dar a los/as que le siguen. De hecho, gran parte de la fidelidad puede medirse por el grado en el que se pasa esa Fe a quienes la siguen-no disminuida, sin diluir, en exceso probada, y con resultados ciertos.

Y ahí una última calificación. Los primeros 500 años de los cuales hablo como el regalo a ser dado a los próximos 500 años, no es una referencia a nuestros primeros 500 años de la identidad consciente de sí mismo como una iglesia reformada, sino de los primeros 500 años de la iglesia misma. Calvino y los reformadores estarían de acuerdo.

Una vez más, si bien es tentador pensar, sobre todo en este año de aniversario, acerca de las contribuciones únicas de la Fe Reformada y de nuestro deseo de ver que sus mejor regalos sean legados a las siguiente generaciones (un proyecto virtuoso), es mejor estar seguros/as de nuestra fiel administración de lo que los reformadores consideraron como la Fe, la Fe de la que ellos eran los receptores y no los diseñadores, que luchaban por comprender con su contemporáneos y transmitir a todo el/la que le seguiría. Para decirlo simplemente, mientras el proyecto de la leer a aquellos que leyeron a Calvino tiene muchas bendiciones que le asisten, el proyecto de leer a los que Calvino leyó, tiene, creo, incluso más.

Cuando era un estudiante universitario y de seminario, oí por primera vez este llamado. Las cosas antiguas son interesantes para mí; las cosas de antaño me despiertan curiosidad. Lo que comenzó como inclinación se convirtió en un destino. Las buenas habilidades en latín y griego necesitaban ser desarrolladas, las mismas habilidades que pusieron a prueba los límites de mi capacidad y tal vez la paciencia de mis profesores/as. La lectura amplia y profunda de la literatura de los primeros 500 años de la iglesia y de las obras Clásicas de los paganos, dirigió la elección de mis estudios graduados, la construcción de mi biblioteca y la mayordomía de mi tiempo. Todo ello fue de beneficio, me gustaría pensar: beneficio para mi comprensión y apropiación de la fe, el beneficio para las congregaciones que a las que sirvo y beneficio para la iglesia en general que he tratado de servir.

J. I. McCord, el entonces presidente del Seminario Teológico de Princeton, se desbordó en su manera de animarme en este esfuerzo. Para él, el día llegaría pronto cuando las conversaciones ecuménicas se convertirían en algo serio, sostenido y predominantemente teológico. La conversación, predijo, se referiría a los primeros 500 años. Las Iglesias Ortodoxa y Católica Romana estarían bien preparadas para esta conversación, pero las Protestantes no tanto. Creemos que, dijo con conocimiento, que la historia de la iglesia comenzó con Calvino. ¿Quién nos va a representar? ¿Vamos a estar listos para hacer nuestra contribución? ¿Vamos a ser capaces de mantener nuestra postura? Ninguno de los dos se perdió la ironía. Calvino, a sí mismo, pensaban que las conversaciones que más importaban se llevan a cabo mejor en una mesa en la que los antiguos también se sientan.

¿Qué beneficio ofrece tal compromiso? ¿Un beneficio que a su vez podemos ofrecer a las generaciones que siguen?

Una de las grandes ventajas de este compromiso es que la teología no es un ejercicio solitario; es comunal. Es también público y de la cual nos hacemos responsables. Agustín, quizás la mente más dotada en los primeros 500 años, nunca estuvo solo. Él hizo su trabajo en compañía. Ejerció la gracia de amistades teológicas. Pero, sorprendentemente, para un escritor que estaba en la cima de su carrera hacia el año 400 DC, él estaba pensando con, luchando con, aprendiendo de y en conversación constante con aquellos quiénes le precedieron, Cipriano y Tertuliano y un sinnúmero de otros. Él tenía una biblioteca y la usó. La iglesia de los primeros 400 años se sentó con Agustín en su mesa al anochecer, tanto como lo hicieron sus contemporáneos del norte de África. Aunque pensamos en este momento en la iglesia como aún formativo, él vivió y escribió como si la fe fuese heredada, no en espera de ser inventada, pero que necesita ser explicada y aplicada.

Así también pensaba Calvino. La Compañía de Pastores de la Ginebra de Calvino fue generativa para él. Aquellos de entre sus contemporáneos con los que vivió y ministró, han contribuido mucho a su producción teológica y a su reforma de la iglesia. Sus cartas, escritos, e incluso sus disputas revelan esto. Sus contribuciones a las obras de sus vidas también fueron significativas. Pero el lugar de honor se le dio a los que habían pensado en la fe en las generaciones anteriores a él. La construcción de su biblioteca, sus pensamientos y sus escritos se realizaban en compañía de los Antiguos

Para que quede claro: esto no era una apropiación indiscriminada y total de todo lo que se había dicho y hecho antes de su generación. Esto era, después de todo, una reforma. Muchos errores se habían identificado; varias prácticas eran infieles y debían ser descartadas. Tampoco era esto una reinvención o el regreso a un idolatrado pasado prístino. Los 500 años de historia de la Iglesia Reformada no son una reencarnación de los primeros 500 años, ni se destinan a serlo. Estos 500 años han sido un tiempo de escuchar de nuevo, por la gracia de Dios, lo que se dijo al principio y después, por el Espíritu Santo, modificar nuestra vida común hacia una renovada obediencia.

Calvino estaba convencido de esto. Él apreciaba, pero no idolatraba los Antiguos. Él los escuchaba, pero no les oraba a ellos. Él "luchó" con ellos. Él agonizaba sobre sus testimonios y qué de lo suyo serviría a su propia generación. En particular, Calvino con quien más conversó y en quien más confió y con mayor frecuencia fue en Agustín. Pero, lo que más apoya este argumento es que con quien más discutió fue con Agustín y al hacerlo revela lo mucho que valoraba su conversación.

Para aquellos/as de nosotros/as que somos reformados/as, Calvino es el mejor lector de Agustín. Igualmente, Agustín es para muchos, no sólo para los/as reformados/as, el mejor lector de Pablo. O en palabras de Peter Brown en su biografía de Agustín, "Pablo había hablado, Agustín había entendido.”[[1]](#footnote-1) Y así nosotros nos convertimos más profundamente la ecclesia reformata semper reformanda, secundum verbum Dei. Este es el regalo de la IP (EEUU) a los siguientes 500 años, una Iglesia que piensa, enseña, y prueba la fe expresada en términos claramente reformados, apropiados para conversar, apropiados para sí con los que primero pensaron acerca de la Fe por ser los primeros intérpretes de las Escrituras.

Esta última declaración introduce lo que creo que es la razón más importante para la valoración de esta conversación común. Nosotros/as no debemos leer la Biblia solos/as; nosotros/as debemos leerla con otros/as. Por supuesto, debemos hacer esto a menudo con nuestros/as contemporáneos/as. Sin embargo, con demasiada frecuencia, son los/as contemporáneos/as de nuestra elección y ello provoca un peligroso estrechamiento de la conversación y una limitación innecesaria de nuestra capacidad para explorar la Fe totalmente. Por el contrario, no podemos elegir nuestra historia o nuestro legado. Los antiguos se sientan en nuestra mesa y, según mi experiencia, son difíciles de persuadir. Nunca he logrado convencer a Agustín de un orden de la iglesia más igualitario, por mucho que lo intente. Tampoco, y más frustrante, he sido capaz de disuadirlo de emplear la alegoría como una forma normativa de la interpretación de las Escrituras. Él es inconveniente; y por lo tanto, es necesario.

Permítanme decirlo de otra manera. El discernimiento es el trabajo continuo de cualquier discípulo/a de Jesús que hace la siguiente pregunta: ¿Quién es este Salvador que hace llamados? ¿Hacia dónde él me dirige? Mis contemporáneos/as pueden ser muy serviciales para mí en el descubrimiento de las respuestas fieles. Ellos/as me conocen a mí y mi limitaciones y me aman lo suficiente como para hacerme rendir cuentas y promover mi seguimiento cuando las respuestas se revelan. Esto es insustituible.

Pero ¿qué hago cuando mis limitaciones son particulares de mi generación, culturalmente específicas y compartidas por mis contemporáneos/as? Con frecuencia lo son. ¿Quién me ayudará? ¿Quién nos ayudará? Y el discernimiento, en contraste con lo que más a menudo expresan como su objetivo: escuchar la voz del otro/a, está mejor definido como escuchar juntos/as la voz de Dios en la palabra de Dios y hacerlo en un contexto en el que escuchamos juntos/as lo que Dios le dice a otra persona y eso que escuchamos posiblemente sería para nosotros/as también.

El leer la Biblia con los antiguos nos da la mejor oportunidad de leer con otros que son verdaderamente "otros". El pasado es un país extranjero; la gente hace las cosas de manera diferente allí. Por esta misma razón, la lectura con nuestros/as compañeros/as globales contemporáneos/as y el invitar a la conversación, de manera intencional, a aquellos/as con los/as que no estamos de acuerdo es recomendable también.

Pero los antiguos sirven una posición y por consiguiente en una perspectiva, única por ser los primeros intérpretes de la Escritura. Y ellos son las primeras generaciones que el Espíritu de Dios moldeó para formar un pueblo en una variedad de lugares y culturas a través de los primeros 500 años. Eso no los hace ser más fieles o incluso mejor. Pero eso significa que ellos, porque están más cerca de la hora y el lugar de los escritos de los Profetas y Apóstoles y son aquellos a quien el Espíritu primero formó como comunidades de Fe, deberían tener un asiento privilegiado en la mesa, tal vez incluso ser invitados a hablar primero. Mucho bien viene de eso.

Permítanme ofrecer un ejemplo: una historia bien conocida, pero de manera incompleta.

*Las Confesiones* de Agustín son recordadas vagamente por muchos/as por la narración de una historia con minuciosos detalles; el robo de un pera en su infancia. Una pandilla de chicos, andando afuera tarde en la noche como era su costumbre, trazó y ejecutó un robo de peras de un huerto vecino. Agustín estando entre ellos, robaron una cantidad inmensa, tomaron un bocado de unas pocas, y lanzaron la mayoría a un pozo de cerdos cercano. Los chicos no estaban ni hambrientos ni eran pobres, Agustín informa; nosotros hicimos eso sin razón alguna. Yo incluso no como peras, él confesó. La atracción era el crimen en sí. "En su comisión, nuestro placer estaba meramente en que estaba prohibido.”[[2]](#footnote-2) Lo hice por amor al mal únicamente y yo realmente amé hacerlo.

Agustín considera si la compañía de aquella noche influyó en sus actos. ¿Me pregunto si mi deseo de estar con ellos y agradarles me movió a hacer algo que de lo contrario no hubiera hecho? No y sí, responde Agustín. Me mantengo seguro de que lo hice solo por el amor a robar. Eso es lo que era en yo desde siempre; eso fue lo que salió de dentro de mí esa noche. Pero, él dice con igual candor, sin arrojar culpa a sus jóvenes compañeros, yo sabía con certeza que de haber estado solo esa noche yo no hubiese hecho eso. Por codearme con mis amigos de madrugada, se inflamó el picor de mis deseos. Mis cómplices no pusieron el deseo distorsionado en mí; sino que lo aumentaron y lo sacaron fuera.

Nosotros nos reímos y nos reímos, informa, por haberle jugado una mala pasada a los propietarios que no sabían nada de eso a esa hora y quienes, más adelante, nos imaginábamos que estarían furiosos. Y, él observa, la gente raramente ríe a solas.

“Esto, oh Dios, es la memoria que sigue viva en mi corazón. Yo no hubiera robado solo; mi placer no estaba en lo que me robé, sino en que robé; sin embargo, no lo habría disfrutado si lo hubiera hecho solo; yo no lo hubiera hecho solo. Oh amistad antipática, seductora inescrutable del alma, que ávido apetito a hacer daño al otro por puro deporte y tontería sin ganancia ni gloria, que, con simplemente las palabras, '¡Oye, vamos a hacer eso!' nos hace avergonzarnos de no sentir vergüenza." Y con la frase "Yo no puedo soportar pensar más en esto”, Agustín abandona la historia.[[3]](#footnote-3)

No me queda claro hacia donde podría dirigirme para obtener una visión de la amistad tan profunda y útil. Esta categoría en la literatura cristiana ha estado estruendosamente silente durante siglos. Sin duda, los próximos 500 años se beneficiarán de la sabiduría de los Antiguos en cuanto a lo que sin duda será necesario, el testimonio de las Escrituras fielmente escuchado y vivido en materia de amistad en la comunidad cristiana. Seguramente.

Le haríamos un bien a los siguientes 500 años dándoles a ellos y al mundo el regalo del ejemplo y el fruto de nuestro compromiso con los primeros 500 años porque, por este esfuerzo, nosotros/as hemos ganado una confianza en la Fe y una humildad en fidelidad que nosotros/as de otra manera no tendríamos si hubiéramos rechazado el don que nos ofreció. Aceptar ese regalo hace más probable que las próximas generaciones acepten el testimonio de los antiguos y de nosotros/as que pronto nos añadiremos a ellos.

Permítanme responder a una buena objeción aquí. ¿No fueron los Antiguos también limitados por el tiempo y el espacio, la generación y el lugar y por la cultura? Sí, por supuesto. Pero los primeros 500 años no son monolíticos en lo absoluto en cultura o geografía o, por lo tanto, en perspectiva. El latín y el griego eran un mundo de diferencia. Y la Palestina de Jerónimo, el África del Norte de Agustín, y la Italia de Paulino, a pesar de compartir la lengua latina, eran culturalmente oblicuas entre sí. Aunque estos tres discípulos del Maestro vivieron en una generación, no compartían un punto cultural en el imperio y estaban en lugares muy diferentes en los espacios económicos y sociales de su generación. El mundo antiguo es un mundo, no un momento o un punto en un mapa. Ellos discutieron, se aliaron y se interpretaron mutuamente.

Pero, y aquí está la respuesta atractiva, ellos se comprometieron mutuamente en una conversación seria y sostenida sobre la Fe y la fidelidad a la que todos/as somos/as llamados/as. Ellos hicieron su trabajo en público y en conjunto. Ellos conversaron a través de múltiples diferencias. Nos invitan a esa conversación. Calvino se insertó en esa conversación, para beneficio nuestro. Ahora nosotros/a somo invitados/as a participar en esa conversación. Las generaciones venideras serán beneficiadas si nos comprometemos con ello y lo transmitimos. Una segunda objeción puede surgir aquí. Los primeros 500 años fueron hace mucho tiempo y están muy lejos. En los próximos 500, serán más distantes aún. Sí, y en ese distanciamiento, menos y menos puntos en común subsistirán. La capacidad de la antigüedad de hacerse identificar con lo que vendrá luego de nosotros/as será cada vez más difícil e irrelevante, hasta que se convierta en un rigor en exceso del valor ganado. No, y no por cuatro razones.

En primer lugar, la distancia es una virtud, no un vicio, cuando es necesario escuchar al “otro”. Son “otros” y aún más valiosos para nosotros y los que nos siguen a causa de ello.

En segundo lugar, aún estamos aprendiendo más y más sobre ellos y de ellos. Y los estudios teológicos clásicos, históricos están avanzando. Además, por ejemplo, hemos descubierto hasta ahora cartas desconocidas y sermones escritos por Agustín en esta nuestra generación y ahora los hemos leído por primera vez. Sin lugar a duda habrá más descubrimientos. Más aún, nos estamos haciendo cada vez más competentes en escuchar su voz claramente para la práctica. Nuevas iniciativas editoriales están traduciendo más y más del cuerpo de la literatura cristiana antigua al inglés (y a otros idiomas) a un precio más asequible cada año. Pronto la biblioteca de cada pastor/a estará tan completa de las voces de los antiguos, como lo ha estado de las voces de los reformadores y los/as de recientes generaciones.

En tercer lugar, la presunción de que los próximos 500 años serán aún más diferentes y diferente de los primeros 500 años, no es conocida, y, pienso yo, no es inevitable. Las circunstancias de la llegada y el crecimiento, las aflicciones y el triunfo y los continuos retos y oportunidades de la Fe en los próximos 500 años será sin duda más paralela a las de los primeros 500 años que a los más recientes 500. Piense en África dónde la Fe ahora hace sus movimientos, dónde el concurso de las religiones mundiales será jugado y dónde el núcleo de la Fe será más directamente desafiado. El África postcolonial y el colapsado imperio Romano se parecen más el uno al otro que lo que se parecen individualmente a los últimos 500 años. Añadimos lo que sabemos de América del Sur y lo que sabemos hasta ahora de Asia y no es difícil llegar a la predicción de que mucho, pero mucho, de lo que sea que se está compartiendo próximamente tiene muchas cosas en común con aquello a lo que se enfrentó primero la nueva Fe. Los antiguos africanos-Cipriano, Tertuliano, Atanasio y Agustín-tendrán mucha ayuda para ofrecer a los/as africanos/as que vendrán después. Más aún, diría yo, que cualquier invención de la IP (EE.UU.). Harare tendrá más que aprender de Hipona, y Kinshasa de Cártago que de Houston o de Chicago. Les servimos mejor al participar plenamente en una conversación en curso con los primeros 500 años, en los que aprendimos mucho e hicimos nuestra contribución, y luego ofrecer esa conversación renovada y fortalecida a los siguientes 500 años.

En cuarto lugar, y más importante, las Escrituras hablan al alma humana. Esta es un alma compartida con Adán y Eva, María y José, tú y yo, y todo el mundo que sigue. El ser humano es creado por, y recibe palabra de su creador en las Escrituras. Ese discurso ha sido escuchado por el pueblo de Dios a través de las edades; la palabra completa primero por los primeros 500 años. Los próximos 500 años se beneficiarán de oír cómo respondieron tanto como de la manera en que nosotros/as respondimos. Y van a beneficiarse al observar la forma en que nosotros/as nos enfrentamos a los antiguos en nuestro propio tiempo. Esta palabra de Dios que habla al alma humana es tan compartida como el alma humana, sin importar qué tan distantes en el tiempo están los que escuchan el uno del otro. Lo que va más profundo al corazón humano va más ampliamente al mundo.

Los Reformados, creo yo, han dado a la iglesia un gran regalo estos últimos 500 años. Hemos estado conscientemente y sin disculpa en la misión de amar al Señor nuestro Dios con toda nuestra mente. Hemos trabajado para enseñar la Fe a cada nuevo/a convertido/a y cada nueva generación. A menudo hemos sido los/as maestros/as de la fe de los/as fieles fuera de nuestros propios compromisos y tradiciones. Las confesiones de la IP (EE.UU.) y el instinto confesional bien desarrollado de los/as reformados/as nos han servido bien a nosotros/as y a otros/as. Ese compromiso y práctica tienen mucho que deberles a aquellos/as quienes vivieron y murieron en la fe antes de que hubiera una Iglesia Reformada. Esa fe, la que aprendimos y que nosotros/as hemos enseñado, no de nuestra propia creación, sino de nuestra administración de estos 500 años es la Fe que nosotros/as vamos a dar como el mejor regalo a los siguientes 500 años. Sosteniéndola, haciendo que ella nos sostenga y viviéndola a plenitud con la ayuda de los antiguos como una parte integral de nuestra comunidad de discernimiento, nos ayudará a nosotros/as y a los/as que nos seguirán, a ser la ecclesia reformata, semper reformanda, secundum verbum Dei. Esa Fe es antigua.

Los primeros 500 años

Inicios de conversación: Preguntas de discusión

Michelle Bartel

1. El autor sostiene el estudio como una conversación y el estudio de nuestra fe cristiana como conversación con "la gran nube de testigos," (Hebreos 12), aquellos/as quienes han caminado en la fe antes que nosotros/as. Trae a tu mente una conversación que has tenido con alguien acerca de Dios o de ser cristiano/a. ¿Fue esta persona un/a pariente? ¿Pastor/a? ¿Profesor/a? ¿Desconocido/a?
2. Andrews nos invita a considerar a las personas como Juan Calvino y Agustín como el mismo tipo de compañeros de conversación. Es sólo que los escuchamos a ellos mediante la lectura en lugar de la audición. ¿Qué conexiones puede hacer usted entre su historia y la historia de Agustín sobre el robo de las peras?
3. En los siguientes 500 años de la Reforma, Andrews argumenta que será ser aún más importante leer los autores que Calvino leía. ¿Qué asuntos de su fe cristiana quisieras hablar con nuestros antepasados y antepasadas en la fe? ¿Qué problemas en la Iglesia?
4. ¿Qué significa “amar a Dios con toda nuestra mente” para usted? El autor sugiere que esto significa que nos convertimos en guardianes de la fe que hemos recibido. Eso significa que crecemos en la comprensión de modo que podamos enseñar la fe que hemos recibido a cada nuevo/a convertido/a y generación. ¿De qué manera ha estudiado la fe que ha recibido? ¿En qué manera la ha transmitido a un nuevo/a convertido/a o una nueva generación?
5. La palabra “antiguo” viene de las raíces que significan “antes, frente a,” como nuestra frente que está delante de nuestro rostro. Esto significa que nuestros Hermanos y Hermanas en la fe que son “antiguos” van delante de nosotros/as en la fe en lugar de quedarse en el pasado. Por ello, la gran nube de testigos va a la cabeza: el estudio y la conversación con los antepasados y antepasadas en la fe es como una columna de fuego por la noche o una nube durante el día. ¿De qué manera quiere se guiado/a? ¿Qué habilidades o inteligencia de la fe cristiana añora usted aprender?

1. Peter Brown, Augustine of Hippo: A Biography (London: Faber and Faber, 1967), 359. [↑](#footnote-ref-1)
2. The Confessions of St. Augustine, trans. John K. Ryan (New York: Doubleday, 1960), 69–75. 3. Ibid., 95–101. [↑](#footnote-ref-2)
3. Ibid. 95-101 [↑](#footnote-ref-3)